



Geórgica



DORA los campos la mañana, y el camino fragante, con sus setos, verdes y goteantes, se despierta bajo el campanileo de las esquilas, y pasan, apretándose, las ovejas. El camino es húmedo, tortuoso y rústico, como viejo camino de sementeras y de vendimias. Bajo la pezuña de las ovejas quédase doblada la hierba, y lentamente, cuando ha pasado el rebaño, vuelve a levantarse, esparciendo en el aire santos aromas matinales de rocío fresco... Por el fondo verde de las eras cruza una zagala pecosa con su vaca bermeja del ronزال.

En la orilla del río algunos aldeanos esperan la barca, sentados sobre la hierba, a la sombra de los verdes y retorcidos mimbrales. La ventera busca sitio en el corro, y una niña, algo más apartada, quédase al cuidado del rebaño. Un ciego mendicante y ladino, que arrastra lengua capa y cubre su cabeza con parda y puntiaguda montera, refiere historias de divertimento a las mozas sentadas en torno suyo. Aquel viejo procerio tiene un grave perfil monástico, pero el filo de su montera parda, y su boca rasurada y aldeana, semejante a una gran sandía abierta, guarda todavía más malicia que sus decires, esos añejos decires de los jocundos arriprestes aficionados al vino y a las vaqueras, y a rimar las coplas. Las aldeanas se alborozan y el ciego sonríe como un fauno viejo entre sus ninfas.

Las aldeanas se alborozan de nuevo. El ciego permanece atento y malicioso, gustando el rumor de las risas como los ecos de un culto, con los ojos abiertos, inmóviles, semejante a un Dios primitivo, aldeano y jovial.

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.



Balada añeja de la consolación otoñal

(Traducción de F. F.)



¿Lo conoces, mi antigua adorada:
el parque altivo sembrado de oro
donde al ocaso la luz encalmada
iba incendiado el agreste decoro;
triste y nostálgico el cuerno sonoro,
la hora de otoño, las líneas graciosas
que con el Sena y la luz se perdían;
y esos perfumes de musgo y las cosas
que al despedirnos lejanos subían ...
- ¡ Ella clamó: *No lloréis por las rosas.*

Rosa de mayo que otoño ha secado
¿dónde tu olor respirar hoy podría?
Bajo los pinos su acorde han cesado
gaita, laúd, violín, chirimía
Ya al viento helado la p'rra pendía.
Viejo aquilón: por las selvas umbrosas
como un imbécil Geronte murmuras;
y despeinando las Hyadas morosas
cubren las nieblas las puras alturas.
- ¡ Ella clamó: *No lloréis por las rosas.*

Lamia furiosa, el Tiempo inclemente
de almas amantes, aruina el tesoro;
ni con belleza ni honor reverente
Viene Casandro y reemplaza a Lindoro.
¡Thermidor, tiempo ferviente y sonoro!
¡Adiós, Liñones Citeres, Formosas!
La roja viña se fué vendimiando.
Mientras rezonga el Recuerdo unas glosas
sus camafeos de azul vagaminando.
- ¡ Ella clamó: *No lloréis por las rosas.*

ENVÍO

Príncipe: cuando sus alas sedosas
abran vampiros y cuervos de cuyos
vuelos salpican nebulosis brumosas
vuelve al abril de sus ojos los tuyos
- ¡ Ella clamó: *No lloréis por las rosas.*

LAURENT TAILHADE.



La tuberosa

(Traducción de Rafael López)

MÁS aún que la música un jardín hace mal
cuando por la mañana brilla de ardor sensual.

El olor de las rosas teje hilos tan difusos
que se oye como un ruido, vago y dulce, de husos.

Las glicinas de aromas tan hondas son unguadas
que se las ve sonriendo, con las manos unidas.

Los lirios tienen una miel verde entre sus fríos
dedos: y algunas veces, durante los estíos,

el clavel en el sueño su perfume dilata
como un cohete agudo, o como una sonata

de tan violento andante, que sobre el corazón
las manos, uno muere de miedo o de pasión.

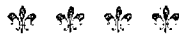
Mas tú, alma de las noches, oh reina, tuberosa,
fuego argentino del capuz, pulpa radiosa

cuya seda está hecha de aromas condensadas . . .
Oh tú, por quien el pecho se dilata al exceso,

abismo en donde canta exultante tu beso;
flor húmeda de ardor, flor sensacional y llorosa,

hisopo cuyas briznas son aromas tejidas,
tú absuelves en la noche sombría, tuberosa,
a las almas inquietas, y a las almas queridas . . .

CONDESA DE NOAILLES.



Nuager qu'un beau jour...

(Traducción de E. D. C.)

Nubes, que de luz bella rodeadas pasáis
encima de estos campos de trigo joven llenos,
que en la monotonía del cielo semejáis
veleras naves, blancas en los mares serenos,

que pronto iréis muy bajas con el hoso y rehacio
rostro de una tormenta que tanta paz destroce,
mi corazón os sigue, corceles del espacio:
se parece a vosotros y nadie lo conoce.

JEAN MOREAS.

KATIE

Relato de un muchacho
de Brooklyn.

I



MI pequeña hermana Katie tenía los cabellos amarillos y los ojos castaños. Era grave y dulce y muy silenciosa. Por la casa deslizábase levemente como una sombra, con su ligero vestido y sus medias azules. Yo adoraba a Katie, y el día en que cumplió nueve años, la víspera de Navidad, le regalé mi muñeco automático, único juguete que tenía.

II

Gustábame verla con su escobilla de plumas sacudiendo el polvo del salón, o cuando me decía muy grave, como una persona mayor, levantando el índice:

—Jack, es preciso que cuides más tu traje de terciopelo. Ayer, al limpiarlo, repuse dos botones que le faltaban.

Y sonreía suavemente, viéndome turbado.

Ella, tan pequeñuela, tenía para conmigo ternuras inolvidables.

III

En los crudos inviernos, antes de acostarse, acercábase de puntillas a mi cama.

—Katie ¿eres tú?— le decía.

—Sí, Jack. Vine a ver si tienes frío

Y después de arreglar el cobertor sobre mi cuello, me besaba, alejándose sin hacer ruido.

IV

Cierta noche, al regresar de Cone Island, cuyas magias de luz la encantaban, Katie se sintió muy enferma. Y al día siguiente su mal empeoró. Fueron inútiles los esfuerzos que el médico hizo para salvarla. Katie se moría.

Yo no me separaba de su lecho, petrificado de espanto. Parecíame que, al morir ella, todo acababa para mí.

- Jack - me dijo, incorporándose sobre la almohada, con los ojos encendidos por la fiebre, en la horrible media noche - sé muy bueno y no olvides a tu pobre Katie. Siento morir porque te quería mucho....

V

Fueron sus palabras postreras. Vistiéronla de blanco y la cubrieron de rosas pálidas y de jazmines. Y así, más blanca entre tantas blancuras, Katie era más linda que los ángeles.

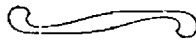
Antes de colocarla en la caja de seda, besé sus manos frías y sus grandes ojos castaños....

VI

En aquella tarde oscura la enterraron bajo un sauce cubierto de nieve, en el triste cementerio de Greenwood.

Allí reposa la pequeña Katie. Y yo, que desde que se fué vivo sin alma, cuando paso por aquel sitio lúgubre siento que mi corazón deja de latir y que mis ojos se llenan de lágrimas.

FROYLÁN TURCIOS.



Crepúsculo lluvioso.

(Traducción de E. González Martínez)

Como otoñal llovizna viene hacia mí el hastío
que el soplo de la tarde por instantes condensa,
y en el misterio crece la pesadumbre inmensa
como un velo nocturno, monótono y sombrío.

I bien; ningún glorioso amor ha conturbado
mi corazón; sin duelo de cosas olvidadas
miro errar a lo lejos como cosas veladas
mis recuerdos, que cruzan el jardín del pasado

No obstante, en el profundo horror languideciente
de la tarde de lluvia y de sombra, he sentido,
mi pecho, del que nunca ningún amor ha huido
triste, muy triste. como la alcoba de un ausente.

EPHRAIM MIKHAEL.

La tía abuela

(Traducción de Ismael Enrique Arcelegas)

EN la tranquila casa donde la tía vive,
todo evoca el recuerdo del tiempo que pasó:
la sirvienta ya cana y el patio con su aljibe,
y los cuadros y espejos que un siglo deslustró.

El salón aún conservá los típicos de antaño,
do ninfas y pastores van danzando un minué;
y en sus ojos parece brillar el fuego extraño
de amores de otro tiempo, tiempo feliz que fué.

Del clavicordio antiguo, que en un rincón reposa,
a veces un suspiro se alza y huye al azar,
como un eco de tiempos lejanos, cuando hermosa
tocaba ella romanzas de Glück y de Mozart

Un armario de sándalo luce en la obscura estancia...
¡Cuántas reliquias guarda, tesoros de su amor!
Cartas, retratos pomos, qué trascienden fragancia...
¡Parece que de un siglo se aspirara el olor!

Entre aquellos recuerdos de ternura infinita
que hay entre las gavetas, vése un lirio, y en él
hace ya sesenta años duerme una flor marchita...
Es el libro, *Zaira*, y es la flor, un clavel.

Con el libro, en los días del estío radiante,
a la ventana se hace rodar en su sillón.
¿Es el sol o es la brisa que le enciende el semblante?
¿Por qué con fuerza siente latir su corazón?

Sobre el clavel marchito la blanca frente inclina,
pues teme que al tocarlo se pueda deshojar,
y en su mente un recuerdo canta canción divina,
mientras las aves cantan en el vetusto alar.

Piensa cuando el fragante clavel recién cortado
en las hojas del libro lo puso amante fiel,
y humedecen sus lágrimas el libro siempre amado
en donde sesenta años ha dormido el clavel.

ANDRÉ THEURIET.

Retrato



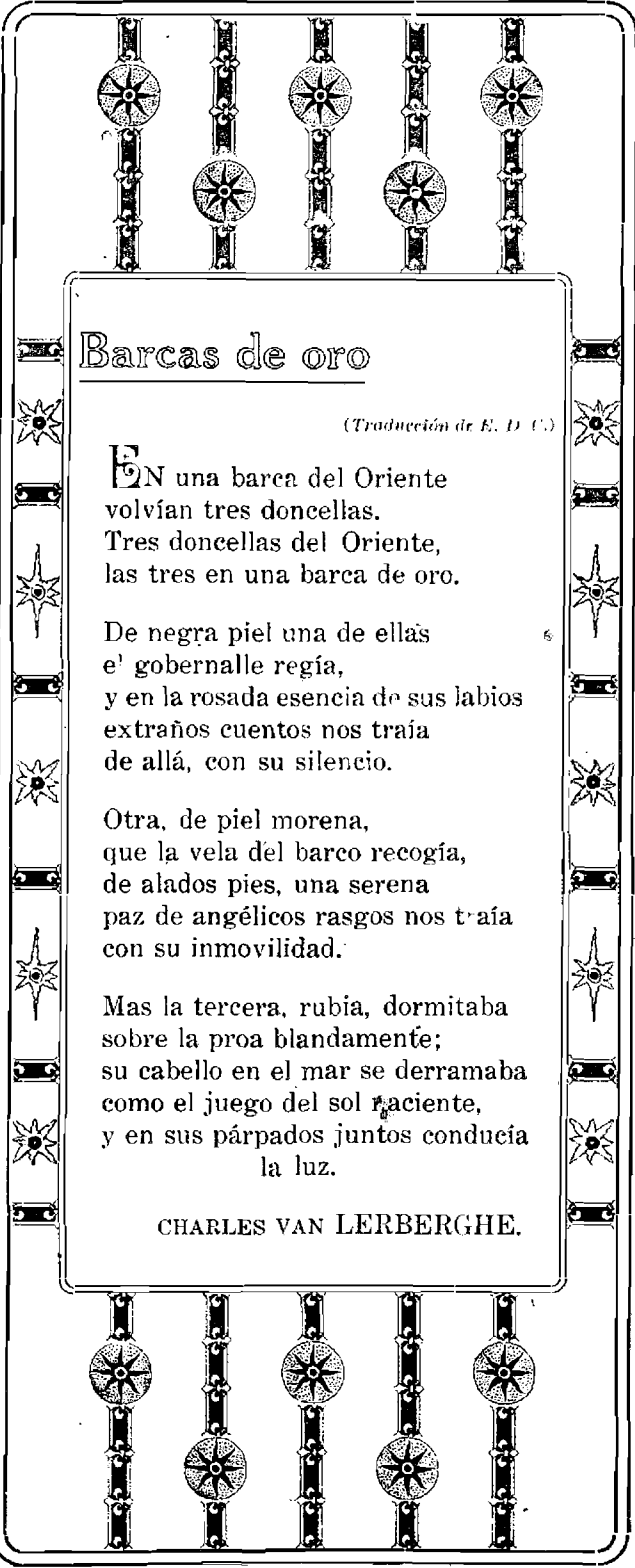
A línea de la vida se diluye bajo su boca; su rostro alargado termina de manera tan suave que los bajos apetitos de la vida jamás podrán ascender hasta él. Dos ojos acuevados, dos ojos inquietadoramente tristes y tristemente resignados, ven el mundo con extraña conciencia. Ante aquellos ojos de realidad se esfuma la ilusión. El velo bienhechor de los párpados descende sobre ellos a menudo. A veces la abatida frente se alza y brilla al sol el oro de sus anteojos.

Los cabellos son lazos. En las pálidas mejillas se argeñó la vegetación varonil. El descuido aleja la mano del barbero y los ralos pelos contribuyen a dar a la cara un enfermizo sello.

En sus manos largas y delgadas, en sus brazos espectrales, se destacan los vasos esclerosados. Todo en él acusa un alejamiento de la vida; algo inviable y triste. Y sin embargo este hombre que se daña y que nos daña, como *el hombre que se moría*, de Santiago Rusiñol, vive fenomenalmente. Los años pasan; se van los fuertes, y él continúa en una rara supervivencia.

Me he fijado en él y he encontrado la clave de su vitalidad. Ese hombre esquelético prolonga sus narices sobre la vida. Tiene además unas desmesuradas orejas de Quasimodo y un villano, desproporcionado cerebelo — lo único animal que hay en él. Pero sólo quiero hablar de sus narices de Cyrano. Todos los papas y los reyes, todo los conquistadores, las tuvieron así. Todos los primeros nobles, que supieron vincular en los suyos el poder y fundaron la estirpe, las tuvieron así. Sus móviles ventanas absorben en grandes cantidades el aire y aseguran el buen funcionamiento de las vías respiratorias. Por aquellas narices se aferra a la vida. Largos pelos oscuros, salvando los cartilagos enormes, hacen necesario con frecuencia el uso de las tijeras. Y el candidato a la muerte no des cansa aún. En balde las voraces células nerviosas devoran los átomos rojos y la neurastenia lo martiriza. El harapo humano perdura. Infeliz de él.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ



Barcas de oro

(Traducción de E. D. C.)

EN una barca del Oriente
volvían tres doncellas.
Tres doncellas del Oriente,
las tres en una barca de oro.

De negra piel una de ellas
e' gobernalle regía,
y en la rosada esencia de sus labios
extraños cuentos nos traía
de allá, con su silencio.

Otra, de piel morena,
que la vela del barco recogía,
de alados pies, una serena
paz de angélicos rasgos nos traía
con su inmovilidad.

Mas la tercera, rubia, dormitaba
sobre la proa blandamente;
su cabello en el mar se derramaba
como el juego del sol raciente,
y en sus párpados juntos conducía
la luz.

CHARLES VAN LERBERGHE.

Sin esperanza

(Traducción de M^{re}. Enriquez Ureña)

Tu frialdad agiganta mi deseo.
Cierro los ojos para no mirarte,
y mientras más me empeño en olvidarte
más en mis ansias férvidas te veo.

Por tí en la dicha y en la gloria creo,
y aunque de mí no llegues á apiadarte,
nunca por eso dejaré de amarte
y serán tus desdenes mi trofeo.

Sé que tu virgen cuerpo delicioso
estrechará en sus brazos, venturoso,
un rival. Sé que nunca serás mía.

Mi alma tranquila hacia el futuro avanza:
que es mezquino el amor si en algo fia:
sólo es grande el amor sin esperanza.

EUGENIO DE CASTRO.



Un salteador andaluz



CURRITO, a quien llamaban Currito el Guapo en sus precoces abriles. por lo garboso, lo gentil y, más aún, por lo truhán, era un salteador andaluz, de los de charpa y calañés, trabuco naranjero y sangre más negra que los moros. Nació a la mala del diablo, Dios sabe cómo; crióse en arpilleras a guisa de pañales; echó los primeros dientes a fuerza de roer mendrugos; aprendió a vivir y a hurtar al mismo tiempo; tuvo por cuna el monte, por guía la trocha, por hogar la intemperie, la cárcel por escuela, por maestro el vicio, por templo la taberna, por refugio el burdel:

fueron su cartilla los naipes, la honda su juguete, su instrumento la faca, su oficio la valentía, la desvergüenza su blasón... Vino del campo a la ciudad, de la cueva al arroyo, del vicio al crimen; cayó de ratero en alcahuete, de guapo en mantenido, de rufo en tahir y, al cabo, en contrabandista y bandolero, pues por dar expansión a sus proezas y huir a la vez de la justicia, tornó a las breñas de Alpujano, su cuna, y allí, como los antiguos monjes, salteó los caminos; bajó luego a las playas de Almería, tomóle gusto al contrabando, aficionóse al mar, hasta que un día, viéndose perseguido sin tregua, se embarcó en el puerto de Cádiz con rumbo a tierras del Perú...

RICARDO LEÓN.



Childe Harold

(Traducción Juveniana)

TRISTE y grave, negra nave
surca a vela el vasto mar:
disfrazados son; callados:
conduciendo un muerto van.

Poeta muerto; yace muerto:
y en la luz del cielo está
aun clavada su mirada;
siempre en él la muda faz.

Cual amada, flébil hada
gime en torno, en lo hondo, el mar:
olas tiende el barco y hiende
con ruidoso suspirar.

H. HEINE.



Perfil de Santa Teresa



ERA de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien, el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y muy lleno, de muy buen tamaño y proporción, la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía, y se ponía hermosísima todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo, frente ancha, igual y hermosa, las cejas de un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco sino algo llanas. Los ojos negros y redondos y un poco *papujulos* (que así los llaman y no sé cómo mejor declararme), no grandes, pero muy bien puestos, y vivos, y graciosos, que en riéndose, se reían todos, y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad. La nariz pequeña y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo, las ventanas de ella arqueadas y pequeñas, la boca ni grande ni pequeña, el labio de arriba delgado y derecho, el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color, los dientes muy buenos, la barba bien hecha, las orejas ni chicas ni grandes, la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que le daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca y el tercero debajo de la boca.

P. FRANCISCO DE RIVERA



Medalla antigua

(Traducción de Fernando Ricos)

EL Etna guarda el oro y el múrice del vino
con que Erigona un día a Theocritos excita,
pero esas cuya gracia dejó el poeta escrita
en sus versos . . . ha tiempo cedieron al destino.

Perdiendo la pureza de su perfil divino,
Aretusa, la esclava de ayer, hoy favorita,
ha mezclado en sus venas, que griega sangra irrita,
el furor sarraceno y el orgullo angevino.

El tiempo arrasa todo. El mármol se deforma.
Siracusa se duerme bajo un cielo de abril:
Siracusa se duerme bajo un cielo de abril:

y de aquella Sicilia, sólo el duro metal,
en las flores de plata que trabajó el buril,
guarda aún de las vírgenes la belleza inmortal.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.



Sobre un ejemplar de los

DIALOGOS DEL AMOR,

de León Hebreo.

(Traducción de A. Vique y Galdoni)

TOMA este Aldo. Es flexible. Tu mano le satina.
El papel es selecto y la letra sépera.
Bajo el título tiene la página primera
un delfín enroscado a una áncora marina.

No se pensó en cubrirle con vitela de fina
labor, ni con un vivo velludo, de manera
que, por lujo, la tapa negra sólo tolera
el florón de oro fino que hay sobre cada esquina

Con su grave atavío, tan obscuro y precioso,
oro en negro, a la vez galante y tenebroso,
de ornamento de góndola es una evocación;

porque, tiempo atrás, hizo decorar de tal guisa
un señor de Venecia, sin cifra ni divisa,
el libro que quería su amante corazón.

HENRI DE REGNIER.

Le don du corps

(Traducción de E. D. S.)

EL don del cuerpo, cuando el alma ya se ha dado
no es más que la satisfacción árdiente
de dos ternuras que se han lanzado
una hacia otra perdidamente.

Tu sólo eres feliz en tu carne, tan bella
de frescura natural,
porque me das, fervorosa, con ella
cumplida ofrenda y limosna total.

I yo me entrego a tí, sin saber más
sino que en tí me exalto y me extravío.
viéndote mejor siempre y más pura quizás
desde que dió tu dulce cuerpo su fiesta al mío.

Por sola perspicacia tengamos nuestro amor,
por única razón que al corazón alcanza;
es nuestra ventura más loca y mejor
la de estar locos de confianza

EMILE VERHAEREN.



El pálido pasajero



EL pálido pasajero—en el extremo
de la nave— mira ondular el pañuelo
—que le dice adiós desde el puerto
que se aleja— el pañuelo blanco que
agita una mano pequeña y querida.

—Apenas se ve ya— como el ala trémula de una
paloma;— y él permanece inmóvil— contraída la faz
dolorosa. Y sus ojos azules se llenan de lágrimas.

Alev: destino le empuja hacia tierras ignotas.
—Callado y taciturno— vestido de negro, —pálido
como un difunto— se le ve con frecuencia en el mis-
mo sitio,— mirando el obscuro horizonte hacia el
punto en donde vió la señal del adiós— en la tarde
silente y dorada.

En los días monótonos del largo viaje por el vasto mar, en los días tranquilos y en las borrascas--nadie ha oído el metal de su voz.-- Es el pálido pasajero se dicen. Nada más.-- El vaga por los puentes^c en la alta noche.-- Y mira el mar tenebroso.-- Y en sus pupilas brilla un fuego extraño

Cierto día todos dejaron de verle.-- Buscósele en vano.-- El mar, sonante y azul, arrastró, su cuerpo frío á través de las enormes soledades--sólo conocidas de las gaviotas errantes.

FROYLÁN TURCIOS.



Tres pensamientos

La alta cultura del espíritu no es tan independiente de las circunstancias políticas como lo es la moralidad privada. Es preciso que los progresos de la alta cultura intelectual y los de la moralidad sean paralelos.

La hora en que una nueva creación recibe un nombre, es solemne, pues el nombre es el signo definitivo de la existencia. Por el nombre es por lo que un ser individual o relativo nace y sale de otro ser.

Es muy propio de instituciones fundadas sobre el comunismo tener un primer momento brillante^o pues el comunismo supone siempre una gran exaltación; pero suele dégenerar rápidamente, por ser contrario a la naturaleza humana. En sus accesos de virtud, el hombre cree poder sustraerse por completo al egoísmo y al interés propio, y el egoísmo toma entonces la revancha probando que el absoluto desinterés engendra mayores males que los que se han creído evitar con la supresión de la propiedad.

ERNESTO RENÁN.

Carta de México

(Traducción de E. D. C.)

QUE cuidara, dijisteis, del muchacho. La muerte se lo llevó. Con él más de uno ha caído. Tripulación... no queda. Volverán, es sabido, los menos de nosotros. Es la suerte.

Para un hombre no hay nada como ser marino. Todos lo quieren ser en tierra. ¡Es seguro sin las quiebras que tiene. Nada más. Lo primero ya lo veis: el aprendizaje es duro.

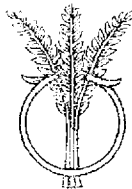
Yo, que soy viejo, lloro si lo digo. Daría mi pellejo, seguros estad, sin discusiones por llevaros al chico. Pero no es culpa mía: ese mal no hace caso de razones.

La fiebre está en su casa, dueña y señora de esto. Para ir al camposanto todos tienen razón. El Zuavo—parisiense— ved qué nombre le ha puesto:
—El jardín de aclimatación.

Como chinchas los hombres se muereñ. En su hatillo dejó el chico recuerdos de la tierra lejana. Un retrato de moza, dos babuchas de orillo, y escrito encima: *Regalo a mi hermana.*

La madre ha de saber: que rezó buen cristiano, y el padre: que mejor en combate muriera. Le velaban dos ángeles en su hora postrera: un marino y un veterano.

TRISTÁN CORBIER.



Las nubes



LAS nubes nos dan una sensación de inestabilidad y de eternidad. Las nubes son, como el mar, siempre varias y siempre las mismas. Sentimos, mirándolas, cómo nuestro ser y todas las cosas corren hacia la nada, en tanto que ellas, tan fugitivas, permanecen eternas. A estas nubes que ahora miramos, las miraron hace doscientos, quinientos, mil, tres mil años, otros hombres con las mismas pasiones y las mismas ansias que nosotros. Cuando queremos tener aprisionado el tiempo en un momento de ventura— vemos que han pasado ya semanas, meses, años. Las nubes, sin embargo, que son siempre distintas en todo momento, todos los días, van caminando por el cielo. Hay nubes redondas, hinchadas, de un blanco brillante, que destacan en las mañanas de primavera sobre los cielos translúcidos. Las hay como cendales tenues, que se perfilan en un fondo lechoso. Las hay grises sobre una lejanía gris. Las hay de carmín y de oro en los ocasos inacabables, profundamente melancólicos, de las llanuras. Las hay como velloncitos iguales e innumerables, que dejan ver por entre algún claro un pedazo de cielo azul. Unas marchan lentas, pausadas; otras pasan rápidamente. Algunas, de color de ceniza, cuando cubren todo el firmamento, dejan caer sobre la tierra una luz opaca, tamizada, gris, que presta su encanto a los paisajes otoñales.

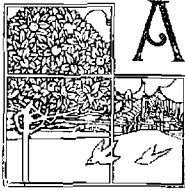
Las nubes son la imagen del Tiempo. ¿Habría sensación más trágica que aquella de quien sienta el Tiempo, la de quien vea ya en el presente el pasado y en el pasado lo porvenir?

JOSÉ MARTINEZ RUIZ.



A todos los dioses

(Traducción de M. Rodríguez-Naveas)



AGNI, el dios brillante, tiene dos hijas de color diferente. Una de ellas, blanca, tiene por adorno el sol; la otra, negra, tiene por ornamentos las estrellas.

Aparecen ya una, ya otra, y escuchan nuestros himnos. Mitra y Varma, gloriosos Aswings, venid con vuestro carro resplandeciente, al que están enganchados dos caballos rápidos como el pensamiento, y difundid sobre mí vuestra luz.

Y vosotras nubes generosas, derramad sobre mí vuestras ondas refrescantes.

Vientos, que animáis el mundo con vuestro puro soplo, dad al que os canta la vida y el movimiento.

Agni, honra tú mismo a Twachtri, el más grande, el primogénito de los dioses, el dios de bellas manos y de fuertes brazos.

Vichnú, tú que has dividido el mundo en tres regiones para la gloria de Manú, acógenos bajo tu protección.

Que la adorable Savitri, de las manos de oro, venga a nosotros y nos revele los tesoros de la tierra.

Dioses, de formas armoniosas, fuertes y buenos, protegednos con todo vuestro poder.

Oh dioses adorables, para vosotros he preparado el césped y he dispuesto en el florido otero las bandejas de manteca y los vasos de soma. He encendido el fuego perfumado.

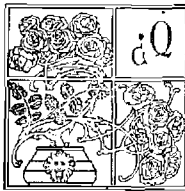
Regocijáos con mi ofrenda, y difundid sobre mí vuestros beneficios.

RIDJISWAN.



La tragedia de Servia

FRAGMENTOS



¿QUÉ grito prolongado es ése, que desgarrar la entraña del monte?

¿Qué anheloso aliento es ése, que agita las selvas tupidas, exalta el desmayo de los frígidos ríos, inflama el anhelo de los manantiales? ¡Oh, Servia, del César Esteban; oh, reino de Lázaro Santo, cuna de los nueve hijos de Guido que Miliza lloró; tú lo sabes; cual Cristo han crucificado de nuevo al Emperador Dusciano, en cada árbol desnudo de las selvas, en cada desnudo peñasco de tu sierra hosca; quebrantáronle pies y rodillas, a golpe de bota; traspasáronle con la bayoneta el costado, llenando no de ácida mezcla la santísima boca, mas de bilis y sangre cuajada.

.....

..... El verdugo, el antiguo matador de enfermos e inermes, el vacilante fugitivo que recibió en la espalda tu hierro en Prostruga Valievo, en Guco y el agua fangosa del Drina absorbió buscando un buen vado, llegando del impulso hasta el San, mientras el sereno del adique Vélice reía en el áspero viento como el combatir contra el visir en Negotino cuando tus campanas pregonaban a Cristo y el fragor del monte de Banovo retumbaba sobre tu blanca Belgrado.

.....

¡Oh, Servia, el obscuro verdugo, con la última vuelta del lazo, en un ahogo supremo, al socorro llama a los bribones rastreadores, contra tí; en cuenta contra uno, para echarte el dogal al cuello! ¡Oh, Servia de Marcos, dí, ¿dónde están tus penates busdóvanos, que ninguno de ellos te escucha? ¡Sí, progenie de Marcos, ten ánimo de hierro y de acero ante la muerte! Despedazada en dos estás; dividida por mitad, partida en dos troncos cruentos, como el adique Velico sobre la torre mohosa. ¿te acuerdas? Cercenado fué por mitad al herirlo en el vientre. Cayó. Y el gran tórax, separado bruscamente de las piernas, se desplomó sobre un charco de sangre. Abiertas quedaron las hercú-

leas piernas del caballero, desangrándose. Y en el estertor de la agonía, lanzó su garganta un grito: *¡Tenéos firmes!* Y la hiel se derramó gota a gota del hígado roto. *¡Tenéos firmes, servios!* De las vísceras brotó como un rugido: *¡Tenéos firmes!*

Corre a borbotones la sangre de los héroes, salpicando a la altura del estribo a los ginetes, a la altura del estribo y de las espuelas. El infante se debate hundido hasta la ingle en la sangre; se ahogaría en ella si se inclinase. Las mujeres vuelven boca arriba a los muertos; pero no pueden distinguir al hijo ni al hermano. No son más que una cosa bermeja, una llaga, como en el campamento del Conde lo fueran los varones de Yugo Bogdano. El Danubio lleva en sus aguas más cuerpos hinchados que raíces arrancadas: no sabe en qué orilla dejarlos; rebosa el Vardari en caballos; el Seva es como una vena abierta, que hierve en lo profundo de los precipicios; y en la espuma del Timaco hay perros flotando y el raudal Drina es un osario que corre.

.....
¿Te acuerdas? Decían en antes nuestros padres, sentados a convite: *¡Será despreciado el búlgaro negro que todo el día está tras de nosotros en pos de un pedazo de pan, un vaso de vino y una pierna de cordero!* No por el cacho de pan, ni por la piltrafa de carne, ni por la gota de vino, llega hoy el búlgaro a tus espaldas; sino para apoderarse al fin de tí, para llevarse todo lo tuyo; la tierra, el nombre, el aliento, el blanco de tus ojos y la estampa de tus hombres. Tres enemigos tienes contando con el búlgaro negro, y los tres viles forman una sola fuerza. Pero Dios guarda tu hígado seco ¡oh matador de puerco!

Hicieron presa en Semendria la real, en la blanca ciudad, Belgrado, prendiéndole fuego: desde el Liparo al gran Vraciario, todas las colinas no fueron sino iluminarias. Tomaron Luciza y Sclevere, y a las dos colmaron de mosto, de un lúgubre mosto, cual enormes tinajas de vendimia.

Llenaron a Iplana de viejos con los ojos arrancados; de mujeres sin pecho; de niños mocos de ambos brazos, a los que obligaron a lamer el suelo en harinado adrede. En la infeliz hicieron el mayor estrago, trinchanto con las bayonetas a los niños recién bautizados, (¡oh San Juan Bautista!); colándoles después sobre el altar ensangrentado, y arrancando al sacerdote oficiante la lengua con la hostia viva dentro.

¡Oh, Servia, hincá tu rodilla y da suelta a tu llanto!

Llora, más después levántate con gran impulso, recupera la iglesia y la roca; el altar y la virilidad; el imperio y la fortuna. Tiñe al verde Vardari como al Nisava Vlasca; colorea al Vardari como el pantano de Vlasina yá búlgaro; cieno mortal. Pero sobre todo; tiñe por la eternidad, al Timaco, ¡oh progenie de aquel Jorge que degollara con sacra mano a su propio padre, para evitar que cayese cautivo! Tiñelo para que eternamente recuerde la infamia: tiñelo desde la fuente hasta la roca y profundo cauce: por tus mujeres violentadas a tropel en sus orillas; por tus niños manteados como pelotas y lanzados a tus aguas como por ondas gigantes; por los que fueron vivientes antorchas; por los que incendiados ardieron como hachones furibundos.

.....

¡Oh Servia, que tuviste como graciosa reina a Ana Dandolo y que diste a un Buondelmonte mu-
jer de la estirpe real de Eurosio, escucha: la Victoria es latina y nos está prometida a nosotros en el mañana.

Es una virgen pura y cándida (no se parece a tú Vila), más ligera que aquella Vila selvática que, a la vista de los invitados en corro, danzó sobre las puntas de las lanzas de los señores. Entre tanto, decían los heraldos de Prilipina a Marcos: *Oh, señor, los reyes están en disputa por el imperio. No saben a quién corresponde el imperio. Te llaman al llano de Cossovo para que tú digas a quién deberá ir el mando del imperio.*

Uno gritó: *El imperio al latino. Por fuerza le corresponde al latino. Roma le encomendó a él.*

GABRIEL D'ANNUNZIO.



La envidia

(Traducción de Guillermo J. Venant)

Va (Minerva) al hogar de escualor negro,
al de la Envidia. Está la casa oculta
en hondísimos valles, do no luce
ningún sol; do no alienta ningún aura:
morada triste dei inerte frío;
privada siempre de calor, y siempre
rica en tinieblas. Dentro ve a la Envidia
comer carnes de víboras, sustento
de sus vicios; la ve, y aparta el rostro.
Aquella de la tierra se levanta
tardía, de los cuerpos serpentinos
medio comidos, y camina incierta.
Mira a la diosa de hermosura y armas
rielar, y gime, contrayendo el rostro.
Pálor tiene asentado en la mejillas:
en toda sí, magrez; no mira recta
jamás; amarilléante dañados
los dientes; y de hiel verdea el pecho;
hinchida está de tósigo su lengua.
Ríe tan sólo ante el dolor ageno;
ni del sueño disfruta: la desvelan
las cuitas; que contempla, y contemplando
desfallece, los prósperos sucesos
de los demás: se amarga; dilacera
dilacerada, azote de sí misma.

PUBLIO OVIDIO NASÓN.



El baile de Salomé

BAILÓ como las sacerdotisas de las Indias,
con o las nubias de las cataratas, como las
bacantes de Lidia. Se doblaba en todos sentidos, co-
mo flor agitada por la tempestad. Saltaban los bri-
llantes de sus orejas; la seda de la espalda deslum-
braba con sus cambiantes visos; de sus brazos, de
sus pies, de su ropaje, brotaban chispas invisibles

que inflamaban a los hombres. Cantó un arpa; la multitud respondió con aclamaciones. Separando las piernas sin doblar las rodillas, se encorvó hasta el punto de rozar el suelo con la barba; y los nómades, habituados a la abstinencia, los soldados de Roma duchos en libertinaje, los avaros publicanos, los viejos sacerdotes agriados por las disputas, todos, dilatando las narices, palpitaban de concupiscencia.

Después giró frenéticamente alrededor de la mesa de Antipas, y Heródes, con voz entrecortada por sollozos de voluptuosidad, le decía: *¡Ven! ¡Ven!* Ella giraba incesantemente; los tímpanos resonaban de modo que parecían a punto de estallar; la concurrencia aullaba. Pero el Tetrarca gritaba con más fuerza; *¡Ven! ¡Ven! Serás dueña de Cafarnaum! ¡De la llanura de Tiberiades! ¡De mis ciudades! ¡De la mitad de mi reino!*

Salomé plantó las manos en el suelo, alzó los pies, y en esa postura recorrió el estrado como un escarabajo enorme. Se paró de repente.

La nuca y vértebras formaban un ángulo recto. Las caídas de color que le cubrían las piernas bajaban por los hombros como dos arco iris, sirviendo de marco al rostro, que se alzaba como a un codo del suelo. Tenía pintados los labios, negríssimas las cejas, casi terrible la mirada, y salpicada la frente de gotillas que parecían un vapor difundido en mármol blanco.

No hablaba. Se miraban los dos.

Se oyó en la tribuna un chasquido de dedos. Subió la joven, volvió a aparecer en ella, y con algo de ceceo y tono infantil pronunció estas palabras:

—Quiero que me des en un plato la cabeza...

No se acordaba del nombre, pero acabó sonriendo:

—La cabeza de Jaokanann.

GUSTAVO FLAUBERT.



El triunfo del dolor

Ya no soy el que era. Despareció el arranque
de generosa irreflexión;
al chorro de la gárgola, el sueño del estanque
sucede, la calma a la acción.

Adiós, triunfos del ágora y brillantes quimeras,
cantos de frescor juvenil,
amores donjuanescos, viajadoras galeras,
prosas de hierro y de marfil.

Me traiciona la vida. Protervia y desengaños
colmaron mi copa de hiel.
Mi corazón se muere en cruz. Tengo cien años.
¡Qué pronto! Ya no soy aquél.

RUFINO BLANCO FOMBONA.



Los primeros versos

OR aquel tiempo de mi infancia nos
entró el furor de hacer versos a mí
y a algunos compañeros, enfermedad
que hay que advertir, aquejábame
desde hacía tiempo. Ese estado de ánimo nos hizo
dedicar todos los domingos a reuniones, en las cua-
les hacíamos la lectura de los versos de nuestra
composición. Los míos, sean cuales fueren, pare-
cíanme siempre los mejores. Sin embargo, no
tardé en apercibirme de que la misma opinión tenían
de los suyos, que a veces parecíanme detestables.
mis compañeros. Lo que hizo subir de punto mi
sorpresa fué que el más inepto de mis amiguitos,
hacia el cual yo sin embargo sentía cierta estima, y
que se hacía componer sus poesías por su maestro,
no sólo concretábase a colocarlos por encima de los

nuestros, sino que abrigaba la firme convicción de haberlos él mismo compuesto. Todas esas locuras vanidosas, esas extravagancias de autor, sugirieronme la idea de que pudiera muy bien pasar por tan poco discreto a los ojos de mis compañeros, como ellos lo eran ante los míos. Esta duda me hizo tanto más desgraciado, cuanto que me era tan imposible destruirla como convertirla en realidad. La casualidad vino al fin en mi auxilio. Nuestras luchas poéticas llamaron la atención de nuestros padres; para formarse una justa idea de nuestro talento, diéronnos a cada uno el tema de una improvisación; la mía obtuvo todos los sufragios y volví a renacer a la confianza

JUAN WOLFGANG GOETHE.



Supremo ensueño

Camino en pos de un sueño maravilloso y trágico,
de una ilusión recóndita que en su esplendor resume,
todo lo que en el mundo hay de sublime o mágico,
el amor y la muerte, la sangre y el perfume.

El beso y el relámpago, el color y el sonido,
el ave que revuela y el huracán que brama,
con resplandor sereno o unánime latido
cruzan mi sér vibrante que lo infinito inflama.

Empújame la fuerza de un múltiple elemento:
la patria, la mujer, el mar, el sol, el viento,
constituyen el número que en mi espíritu impera.

Bajo el radiante cielo o en la noche sombría,
en un ímpetu heroico de indómita energía
en la cumbre más alta clavaré mi bandera!

FROYLÁN TURCIOS.